

20 años del Instituto de Neuroetología

Vivimos tiempos extraños, que rebasan las expectativas de Alvin Toffler y Aldous Huxley. Caen a enorme velocidad ideas y posturas, mientras que las formas y alternativas de comunicación de que disponemos alcanzan puntos antes no pensados.

Muchos otros aspectos a los que hoy estamos cotidianamente expuestos eran insospechados a mediados del siglo pasado. Pronto fueron realidad muchas fantasías de aquellos tiempos. Es por ello que, por ejemplo, los estudiantes de medicina del siglo XXI deberán aprender anatomía en imágenes de estudios que emplean el ultrasonido, la tomografía, la captura de desoxiglucosa y otros novedosos métodos; además, por supuesto, de textos clásicos como el Grey, el Rouvier, el Testut y tal vez el Quiroz. No hay tiempo que perder, nunca lo hubo.

La neuroetología es una ciencia relativamente nueva que se dedica al estudio de la conducta con base en las funciones del sistema nervioso. Como nos hace recapacitar el concepto de la memoria emocional, y como parecen verificarlo los fósiles, hay algo que no ha cambiado durante al menos 25 000 años: el cerebro humano. Su producto es lo que ha acumulado conocimientos y aplicaciones. Ese cerebro que tanta fascinación nos causa tiene las mismas estructuras y funciones desde hace miles de años.

Una consecuencia de ese funcionamiento, y esta vez aludo a Charles Darwin, es su capacidad de adaptación, mediante el proceso de selección natural. La mayor parte de las especies que conocemos sobrevive gracias a estrategias naturales y procesos adaptativos que permiten la supervivencia de los individuos, y por lo tanto de las especies, mediante su capacidad para formar colonias, grupos y tribus; y, en sus formas más sofisticadas, familias, ciudades y países.

Nos integramos al medio ambiente en primera instancia por las condiciones que marca nuestro nacimiento, aun sin un sistema nervioso organizado. Pero esto no es privativo de las especies de la flora terrestre y acuática; también ocurre en la fauna. Se forman grupos: los individuos sacrifican un tanto de su individualidad y forman agrupamientos compactos con capacidad de protección contra depredadores. Los individuos se organizan y establecen jerarquías; dejan a algunos el encargo de buscar alimento, a otros la protección, aun a otros la reproducción, y así la especie sobrevive incluso como parte de una cadena alimenticia: se pierden individuos, pero la especie sobrevive.

Se forman grupos con base en afinidades. Hay un grupo, tal vez entre los menos abundantes entre los pobladores del planeta, formado por una especie que tiene una muy notable capacidad de desplazamiento y una notable virtud cerebral: la comunicación. Me refiero a la especie humana: nos gusta estar juntos por nuestros anhelos en común; formamos simbiosis; establecemos jerarquías; nos organizamos.

Lo mismo pasa con los grupos y tribus que nos dedicamos a entender la naturaleza: estamos juntos por la afinidad de nuestra curiosidad. Y al trabajar para otros miembros de la especie, nos place la comunicación.

El Instituto de Neuroetología está constituido por un grupo de investigadores activos y productivos de la Universidad Veracruzana y de la Unidad Periférica del Instituto de Investigaciones Biomédicas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). En 20 años de existencia, el Instituto ha logrado muchas cosas: desde un posgrado con calificación de excelencia por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), hasta figurar como el Instituto de la Universidad Veracruzana que tiene más profesionales en el Sistema Nacional de Investigadores (SNI), en proporción al área construida.

Este año el Instituto de Neuroetología celebra su vigésimo aniversario. Enhorabuena.

Carlos M. Contreras
 ccontreras@uv.mx; contreras@biomedicas.unam.mx